

RISPOSTA DEL CAMBIAVALUTE

“Sono monete preziose,
certo. Ma non hanno più corso.
Provi in un Museo. Non vedo
—mi spiace— altro soccorso.”

RESPUESTA DEL CAMBISTA

“Son monedas preciosas,
por cierto. Pero ya no tienen curso,
Pruebe en un Museo. No veo
—lo siento— otro recurso.”

EL POEMA ES EL LUGAR

Iván García

No pretender sin el impulso.

Lo que traza la mente es abarcable.

Esta noche probamos pan de Tlacolula. Se prepara en una pequeña casa y es el negocio familiar. No preparan otra cosa, otro pan, sino este dulce de mantequilla. Hay un especial sabor en el trabajo, en la elaboración.

Modo –manera– es ritmo.

En principio, no se necesita *resolver, comprender*, un poema fuera de él mismo. El poema es ya la resolución, la comprensión –de otro modo inalcanzable–, cuando es legítimo. Es posible, por supuesto, y aun benéfico, el fruto del terreno de la crítica propiamente dicha, pero bajo la firme idea de que se está hablando de un derivado de la materia poética y nunca de la materia poética en sí, que es insuplantable. El poema habla por sí mismo, no requiere la ayuda de la crítica para articularse, su lenguaje se basta. Si el poema fue la reunión de la forma y el fondo, si la forma hizo *orgánica a la idea*, al sacar a la idea de ese ambiente, el poema necesariamente se transforma (o se asfixia), se está hablando de otra cosa. El poema es el lugar.

El ejercicio poético se lleva a cabo con el cuerpo. Como el judo. Hay sudor y exigencia. No tengo ninguna duda de que existe un lugar importante para la respiración en este ejercicio. Cuando escribo, hay también una alteración del ritmo, una agitación del cuerpo.

No pensar, para conciliar el sueño.

Sobre la lectura. Lo primero que hay que rechazar es temerle a la poesía por una cuestión de raciocinio, de comprensión, de inteligencia. Por el contrario, lo primero que debe preocuparnos es percibir la vibración, la latencia de la materia poética (el poema es primero música). Sin ella estamos perdidos.

En este medio de estudiantes de literatura y escritores, con frecuencia me encuentro compañeros que presumen la cantidad de libros que leyeron en una sola noche, en una sola semana. No sé qué suceda ahí, pero tampoco me interesa. Disfruto de una avidez distinta. Prefiero pasar largas horas leyendo, por ejemplo, *Vidas secas* de Graciliano Ramos o *Pedro Páramo* de Juan Rulfo. Vuelvo a esas páginas como a un buen vino. Las paso a la computadora, las releo y, cuando hay oportunidad, las publico. Luego paso a Ungaretti, a Cavafis, a Williams, a Varvitsiotis, a Cadenas, y no me importa haber llegado al final de la noche con tan pocas lecturas, o relecturas, con tan delicado bagaje.

Durante la lectura hago intervalos. Nunca he podido mantener la atención por largo rato. Salgo al patio, lleno de sol, busco una sombra y platico un rato. Luego tomo de nuevo los libros, a veces el mismo poema. Después salgo a la calle, voy a comer, al cine o a platicar con mis amigos. No creo que haya un desfase entre la lectura y cualquiera de estas actividades, al contrario, creo que una intensifica a la otra.

Desde el principio leí poemas. Su lectura me pedía un tipo de atención muy distinta de la que me pedía la novela, y que yo disfrutaba. Ahora, seis o siete años después, no ha variado en lo esencial mi preferencia: sigo leyendo poemas, pero también le he tomado cierto gusto a la narrativa: Graciliano Ramos, Clarice

Lispector, Juan Rulfo, Cormac MacCarthy, Samuel Beckett y Jesús Gardea, son algunos de los escritores que me interesan y que disfruto, a veces tanto como a un poeta. Creo que en este sentido, la poesía me preparó para el cuento, el ensayo y la novela. Mi disponibilidad de ahora es más fuerte, más prolongada.

Escribir bajo el impulso, ese breve lapso en que la escritura bebe de la misma savia que la niebla o el vuelo de los pájaros.

Si el movimiento es exacto el objeto también es exacto. La gracia en principio está en el movimiento, nunca en el objeto.

Lo que nace indaga y da con su propia forma.

La mente es parte del cuerpo.

Cómo detesto cuando piso la cuerda y se acaba el juego.

Dice Milán: "Toda la poesía contemporánea más lúcida, la que ha tenido, desde las vanguardias en adelante, esa conciencia ['la imposibilidad del decir y del nombrar, de decir contra toda evidencia'], se ha debatido entre la alternativa de dar el mundo o de darse a sí misma". Sin embargo, uno se preguntaría: ¿no es posible *dar el mundo* cuando la poesía se da a sí misma, cuando se está dando a sí misma?, ¿no una cosa nace siempre con la otra? Es decir, ¿no esa forma es una forma de amor en el mundo? Esas hojas mecidas, esa palma del aire, esa cierta brizna, esos árboles jóvenes o secos, esos jóvenes tirados en el pasto, o las nubes, las tardes de alcohol, ¿no nacen, no están ahí, repentinos, en un singular lenguaje dándose a sí mismo? La palabra nace en el mundo y nace al mundo. Una poesía que se regodea en no sé qué, en qué pobreza, en qué limitación, sin las contradicciones del mundo, siendo no más que cristales, en fin, un cierto ona-

nismo de la poesía me parece un hecho insoportable, sin el ánimo del soplo que calienta todas las cosas vivas. Cuando el poeta se encuentra en su mesa o en el piso o en la calle o donde sea que escribe, preocupado por las palabras, por el lenguaje, en un acto puro de amor, hablando de lo que sea, recuperando y transfigurando lo mirado, lo escuchado, lo oído, lo leído, lo tocado, lo andado, ¡y sin que por ello sea referencial o auto-referencial!, hecho un ovillo en esa *conciencia de la felicidad perdida*, inevitablemente impregna su material del calor de ese soplo del mundo y con ello nos da de nuevo el mundo.

Lo mejor sucede cuando por fin desaparezco, cuando me pierdo entre el andar del todo, cuando me pierdo entre los otros; es entonces, sólo entonces, cuando estoy siendo realmente sincero.

